

PRÓLOGO

Bienvenido, Mister Chaplin es el resultado de ideas y estímulos muy diversos y en algunos casos muy lejanos que nunca pensé que desembocarían en un libro como este; desde recuerdos familiares de la guerra de Cuba hasta las cartas y fotos que mandaban a España familiares míos que emigraron a Estados Unidos hace más de un siglo. Pero sus orígenes reales, el momento en el que empezó a tomar forma y tener título, son muy recientes. La sensación de que había un tema poco conocido, que se apartaba de los caminos historiográficos al uso, me vino al escribir mi libro *La generación perdida*, publicado hace dos años también por editorial Taurus. Se basaba en una encuesta a los jóvenes lanzada por el periódico *El Sol* en 1929 que pretendía sacar a la luz sus gustos, aficiones y puntos de vista sobre temas tan diversos como la educación, la cultura, el deporte, el amor, la política o el estado de España en aquel momento crucial. Con el tiempo se comprobó que la década que estaba a punto de empezar iba a resultar mucho más dramática de lo que pensaban aquellos jóvenes rebosantes de optimismo.

En las respuestas publicadas por el periódico —una parte mínima pero especialmente representativa de las recibidas en la redacción de *El Sol*— se vislumbraba la importancia que Estados Unidos tuvo para muchos de los españoles nacidos a principios del siglo xx, y no precisamente por las secuelas del Desastre del 98, que tanto afectó a sus padres y abuelos. La cultura americana conformó decisivamente su visión del mundo.

Fue a la vez fuente de entretenimiento y escuela de modernidad, con sus películas, sus rascacielos, su sentido dionisiaco de la vida y sus personajes reales y de ficción. Así lo atestiguan los escritores y artistas del 27, vanguardia de una generación que buscó sus señas de identidad en el cine, el deporte, el maquinismo y el jazz. Nunca ha habido en la historia de España jóvenes tan identificados con todo aquello que relacionaban con la cultura de masas y el estilo de vida norteamericano. Lo mismo podría decirse de la izquierda española de entreguerras, incluso la más radical, cuya joven militancia vio en Estados Unidos un fiel anticipo del futuro. Aun simpatizando con la Unión Soviética o al menos con el «comunismo bien entendido», como dijo en 1929 una joven lectora de *El Sol*, muchos preferían la gran república norteamericana por considerarla un país más libre y, desde luego, mucho más divertido que la patria del socialismo. Como dirá Luis Buñuel en sus memorias, «yo adoraba América antes de conocerla. Todo me gustaba [...], hasta los uniformes de los policías».

En buena medida, *Bienvenido, Mister Chaplin* es la respuesta a una pregunta que apenas nadie se había hecho: por qué la sociedad española, recién salida del trauma del 98 y sometida a un fuerte proceso de nacionalización, acelerado durante la dictadura de Primo de Rivera, cayó rendida al encanto de Yanquilandia, por utilizar la despectiva expresión acuñada por Miguel de Unamuno en 1898. No fue, ni mucho menos, un fenómeno exclusivamente español, pero mientras en Europa occidental se veía a Estados Unidos como el país amigo que había decantado la Gran Guerra a favor de los aliados, aquí aún estaba reciente la feroz campaña antiyanqui que lanzaron durante la guerra de Cuba los más diversos sectores ideológicos y medios de comunicación. Para muchos españoles nacidos con el siglo, el antiguo enemigo se había convertido en modelo de civilización.

Estas y otras cuestiones dieron pie a un seminario que organicé en la Fundación Ortega-Marañón de Madrid en enero de 2023 con el título *Posguerras: Estados Unidos y Europa al final de la alianza. Préstamos e influencias culturales (1918-1950)*. Mi intervención se titulaba

«Bienvenido, Mister Chaplin», porque, como el libro que ahora se publica, y en cierta forma como la película cuasi homónima de Luis García Berlanga, la expresión evoca el descubrimiento de Estados Unidos como un mundo de fantasía que venía a liberarnos de los males de la patria, los de una guerra y una posguerra durísimas en el caso de la película de Berlanga y los de «un siglo que vencido sin gloria se alejaba», como escribió Machado en 1914, en su poema «Una España joven», la misma que protagoniza buena parte de estas páginas.

Entre aquel seminario y el momento en que escribo este prólogo ha transcurrido exactamente un año. Hay al menos tres razones para explicar la rapidez con la que aquella primera aproximación al tema se ha acabado convirtiendo en libro. La primera fue disponer de un título que daba sentido a todo aquello que pretendía explicar en él, principalmente el efecto fulminante que tuvo en España la llegada de la cultura de masas norteamericana en un momento de intensa modernización de la sociedad española y de rejuvenecimiento de su población. La segunda, contar con un nutrido «fondo de armario» de investigaciones anteriores que me permitía partir de una base relativamente sólida y documentada para afrontar este reto. Y la tercera, pero no menos importante, el apoyo entusiasta que encontré en editorial Taurus en cuanto expuse la idea, el esbozo y el título de mi proyecto. La respuesta de Miguel Aguilar, director de Taurus, y Elena Martínez Bavière, editora sénior, con la que había trabajado ya —muy a gusto, por cierto— en ocasiones anteriores, hizo que me volcara en la elaboración y redacción del libro con la misma fe y el mismo entusiasmo que ellos pusieron en él.

El capítulo de agradecimientos tiene que empezar, por tanto, por Miguel Aguilar y Elena Martínez Bavière, por su infinita generosidad conmigo y con el libro. Quiero dejar constancia asimismo del apoyo que me han brindado algunos amigos y colegas a los que he consultado datos o con los que he mantenido conversaciones sobre temas de interés común que en alguna medida se ven reflejadas en distintos pasajes de la obra. He aquí sus nombres: Ignacio Fernández Sarasola, Paulino Rodríguez Barral, Javier Krauel, Daniel Gascón, Montserrat Huguet, Margarita Márquez, Octavio Ruiz-Manjón y Javier Fernández Sebastián. Mención aparte merece mi malogrado amigo y colega José Carlos Rueda Laffond por su impagable ayuda. He conocido pocas personas tan generosas con su tiempo y su trabajo como José Carlos Rueda, que puso a mi disposición su conocimiento inigualable de la historia visual del siglo XX. Por desgracia, su repentina muerte impedirá que pueda leer este libro que tanto le debe. Mi agradecimiento también a la Fundación Ortega-Marañón, y en particular a su presidente, mi buen amigo Gregorio Marañón Bertrán de Lis, por acoger el seminario en el que empezaron a fraguarse algunas de las ideas que se plasman ahora en papel. Fernando Rodríguez Lafuente, que asistió a aquel encuentro, me alentó con su habitual olfato y generosidad a desarrollar el tema, todavía incipiente, y el Ministerio de Ciencia e Innovación financió el proyecto *Diccionario de símbolos políticos y sociales de la Europa contemporánea* (PID2020-116323GB-I00), que dirigíamos José Carlos Rueda y yo y en cuyo marco se realizó el seminario Posguerras en la Fundación Ortega-Marañón.

Por último, quiero agradecer a mi mujer, Pilar Garí, la ayuda que me ha prestado a lo largo del proceso de investigación y redacción del libro que ahora ve la luz. Su experiencia editorial, su capacidad para encontrar la palabra justa y la información más recóndita y valiosa y su constante estímulo han sido una vez más decisivos. A ella va dedicado.

ESTADOS UNIDOS Y ESPAÑA: UNA HISTORIA DE AMOR Y ODIO

Esta República Federal ha nacido pigmea, por decirlo así, [pero] vendrá un día en que será un gigante, un coloso terrible.

Dictamen del conde de Aranda sobre los Estados Unidos de América (1783)

DE PIGMEO A GIGANTE

Que el vaticinio del conde de Aranda formulado en la cita anterior tardara en cumplirse no le quita mérito al sagaz embajador de Carlos III en París. Más bien todo lo contrario. Ocurre lo mismo con otro gran visionario del mundo contemporáneo, Alexis de Tocqueville, cuya obra *La democracia en América* (1835) se sigue leyendo con provecho casi dos siglos después de escrita. Al final del primero de los dos tomos del libro, el autor anunciaba un futuro choque entre Estados Unidos y Rusia por la hegemonía mundial como consecuencia de lo que enigmáticamente llamaba «un designio secreto de la providencia». En ese combate planetario, las dos potencias intentarían doblegar a su adversario con aquello que caracterizaba su propia personalidad histórica: la libertad, en el caso de Estados Unidos; la servidumbre, en el de Rusia. Por uno u otro camino, cada una llegaría a tener en sus manos, decía Tocqueville, «la mitad del mundo».

Esta descripción del futuro de la humanidad, con un hemisferio bajo la supremacía de Estados Unidos y el otro dominado por Rusia, se parece mucho a lo que fue, más de un siglo después, la Guerra Fría, pero sin comunismo, porque era muy difícil imaginar en 1835 que de las ruinas del viejo Imperio zarista acabaría surgiendo la primera potencia comunista de la historia. De todas formas, aunque Tocqueville no contara con ello, su predicción incluía un antagonismo ideológico en el que se puede reconocer el conflicto que en la segunda mitad del siglo XX enfrentó al llamado «mundo libre» liderado por Estados Unidos con la URSS y sus países satélites. Hay un factor que ayuda a entender la capacidad de anticipación de Tocqueville y de otros autores del siglo XIX que esbozaron un escenario parecido, y es la sensación de que Europa había iniciado un declive histórico imparable y que el vacío de poder provocado por su decadencia estimularía el expansionismo de los dos colosos que estaban emergiendo en uno y otro extremo del mundo.

Volvemos así a la predicción del conde de Aranda, cuando advertía que las dos potencias europeas que habían ayudado a las Trece Colonias norteamericanas en su guerra contra Inglaterra acabarían siendo víctimas de ese gigante en ciernes que era Estados Unidos. Se refería a España y Francia. De ahí su recomendación a Carlos III de que la monarquía española renunciara a su imperio colonial en América lo antes posible, conservando tan solo Cuba y Puerto Rico. Es lo que ocurrió en 1824, pero a la fuerza, cuando España perdió definitivamente, tras la batalla de Ayacucho, la guerra de emancipación iniciada por sus colonias americanas en 1810. Lo que no quiso hacer por las buenas lo tuvo que aceptar por las malas. Sus posesiones en América se limitarían desde entonces a sus islas en las Antillas. La estrepitosa derrota consumada en 1824 no se vio, sin embargo, influida por la injerencia norteamericana, pese al reciente anuncio de la llamada «doctrina Monroe», por la que el quinto presidente de Estados Unidos,

James Monroe, justificaba el papel tutelar de su país en el futuro de las nuevas repúblicas nacidas de la implosión del Imperio español. Más que proclamar una política expansionista a costa de sus vecinos del sur, su célebre «América para los americanos» era una advertencia sobre la determinación de Estados Unidos de impedir cualquier intromisión de las naciones europeas en el Nuevo Continente.

No hubo conflicto entre los dos países, porque los tiempos del ascenso estadounidense y del declive español no llegaron a coincidir —de momento— y porque la Monarquía española, que había ayudado a las Trece Colonias en su lucha contra Inglaterra, siempre consideró a esta última su enemiga natural. Esta, y no otra, es la razón del apoyo español a los rebeldes americanos contra los ingleses, origen de una grave crisis financiera que puso a la Hacienda española al borde del colapso. Una vez perdido el grueso del Imperio, las consecuencias de la «doctrina Monroe» (1823) se vieron como un problema para otros países europeos o para las jóvenes repúblicas hispanoamericanas, no para España. Solo los tanteos de Estados Unidos para anexionarse Cuba, apoyando a los separatistas o planteando su compra al Gobierno español, y la guerra civil entre el Norte y el Sur, por el impacto que pudiera tener en la isla la abolición de la esclavitud si triunfaba la Unión, causaron alguna desazón en las élites gobernantes y en ciertos sectores de opinión. En todo caso, Estados Unidos estaba muy lejos de representar una amenaza para la seguridad nacional y de desbancar a Francia e Inglaterra como rival histórico de España.

Hubo incluso entre los sectores más progresistas una viva simpatía por el sistema de gobierno norteamericano, que aunaba democracia, república y federalismo, tres conceptos por completo ajenos al modelo político más extendido en la Europa del siglo XIX, que era la monarquía constitucional con mayor o menor grado de representatividad. En el caso español, el régimen liberal fluctuó entre fórmulas muy restrictivas, como la del Estatuto Real de 1834 o la que estableció la Constitución moderada de 1845, y otras francamente avanzadas, como la breve monarquía amadeísta instaurada tras la Revolución de 1868 y la aún más breve Primera República (1873), de carácter federal. Esta fallida experiencia política fue la culminación del giro hacia el federalismo protagonizado a finales de los años treinta por el ala más radical del liberalismo español, muy crítica con el régimen parlamentario instaurado en España tras la muerte de Fernando VII. Frente al modelo conservador y centralista de la monarquía, estos primeros grupos republicanos, en algunos casos próximos al socialismo utópico, plantearon una alternativa global al liberalismo gobernante. La república sería para ellos la expresión de una soberanía nacional sin renuncias ni cortapisas, y el federalismo, la única forma de acabar con la opresión del Estado centralista, traducida en quintas, impuestos y burocracia. Los pueblos y los ciudadanos quedarían liberados así de un sistema constitucional que en la práctica les negaba sus derechos y libertades, en vez de hacerlos efectivos.

Ante la falta en Europa de un modelo de referencia, Estados Unidos representó la utopía democrática que inspiró al primer federalismo español. Pionero de esta corriente política, el periódico *El Huracán* describía en 1840 aquella gran república como una arcadia feliz que abría sus brazos a la humanidad entera:

Id, mujeres; id a hilar,

a los Estados Unidos.

Veréis la dicha reinar,

la abundancia, el bien-estar,

entre sus pueblos floridos.

El comercio, la riqueza,

la industria, la agricultura,

la hermosa naturaleza,

deben allí su pureza

a la democracia pura.

¿«Democracia pura» en un país con más de un millón de esclavos? Tal incongruencia muestra el poder de sugestión que la patria de Washington y Jefferson ejercía en la izquierda española. Treinta años después, al principio del Sexenio Democrático (1868-1874), el republicanismo contaba ya con numerosos partidarios y llevaba su proyecto federal más allá de las fronteras nacionales e incluso de la península ibérica, pero siempre con la república norteamericana como modelo para un cambio histórico que entonces parecía lejano. «Los Estados Unidos de Europa, que son el ideal de nuestro siglo», leemos en un manifiesto federal publicado en 1869, «pueden y deben comenzar en España». Cualquier aspiración a reinventar el mundo, desde la democracia plena hasta el socialismo utópico y el abolicionismo, encontraba en aquel remoto país una fuente de inspiración.

Frente a la simpatía que Estados Unidos despertaba en la izquierda europea, el liberalismo gobernante veía aquel país como un experimento igualitario que conducía necesariamente al caos por falta de autoridad y jerarquía, dos principios básicos de cualquier sociedad debidamente organizada que solo podían proporcionar instituciones con verdadero arraigo, como la monarquía y la aristocracia. El periódico republicano *La Discusión* se hizo eco de ese estado de opinión en un artículo publicado en 1856:

Desde hace algún tiempo se nota que la prensa inglesa y los periódicos franceses se complacen en presentar a los Estados-Unidos como sumidos en la más completa anarquía. En aquel país no hay más que tumultos, asesinatos, etc., etc. Inglaterra y el gran pacificador que nos gobierna ¿tendrán el pensamiento de intervenir en aquel país para restablecer el orden?

«El gran pacificador» era una forma frecuente, cada vez más irónica, de aludir al general Espartero, entonces presidente del Gobierno, por su papel en el desenlace de la primera guerra carlista. Que se aliara con Inglaterra para poner fin al caos reinante en Estados Unidos no pasaba de ser una hipótesis descabellada que nadie se tomaría en serio, pero que servía para ridiculizar el recelo que aquel país infundía en las clases gobernantes europeas. Poco importaba que se tratara de un Estado esclavista, al menos en una parte de su territorio. La voz «república» —y su correlato casi inevitable: el federalismo— tenía el doble efecto de encandilar a la izquierda y espantar a la derecha, que la asociaba con los crímenes y desmanes del terror jacobino en la Revolución francesa. Las noticias que llegaban de Estados Unidos como un país sumido en la anarquía, sin ley ni orden, encajaban perfectamente en la imagen que la Europa conservadora tenía de la democracia. No es extraño que en la guerra de Secesión apoyara sibilinamente a los estados del Sur, mientras la izquierda se alineaba con el presidente Lincoln, «el gran emancipador», «digno heredero de las enseñanzas de Cristo», como lo llamó Garibaldi al felicitarlo en agosto de 1863 por la abolición de la esclavitud.